



llevar al país a un socialismo totalitario muy de moda de los años cuarenta a los años setenta, ahora se enfila hacia un capitalismo "moderno".

Si antes el gobierno se empeñaba en vivir en un Estado total, hoy parece que se empeña en el vacío total de la política; si antes sacrificaba la economía por la política, hoy se sacrifica todo por la economía. Si ayer el Estado quería hacerlo todo, ahora no quiere hacer nada; está transitando del control total de un gobierno opresor a una abstención total de Estado conservador. Cualquiera puede explicarse esto aunque no lo justifique porque, cuando fracasó el intervencionismo total, las nuevas generaciones políticas echaron la culpa de la miseria a la obesidad estatal y, como dicen los norteamericanos, tiraron el agua de la bañera con todo y niño y están recomenzando el liberalismo capitalista como si estuvieran inventando la historia.

Esto no es exclusivo de México; está pasando en muchos países del tercer mundo donde después de años de dictadura de izquierda o de derecha ha venido un abandono, un retiro, una privatización de las funciones estatales.

Hoy día México —y para el caso toda América Latina— pudiera tener en la fachada, como los tendejones de pueblo, un letrero que dijera Las Cinco "D" referentes a nuestras cinco desgracias: *desnutrición, desempleo, desigualdad, deterioro y deuda*. Cinco jinetes del Apocalipsis que pisotean nuestra esperanza de mejorar.

Tal vez todas ellas están empalmadas y hay vasos comunicantes, causalidad recíproca. Por ello tenemos derecho a preguntarnos si el advenimiento de un Estado que se retira de la economía y que renuncia a muchas obligaciones políticas va a resolverlos; si la apertura sin límites al comercio internacional y la integración de México a la economía norteamericana nos va a aliviar

o nos va a empeorar; si con la imposición del capitalismo financiero va a ser menos honda la desigualdad, menos extenso el desempleo, menos grave la desnutrición, menos suicida la destrucción ambiental y más ligera la deuda pública.

La respuesta del gobierno es que mediante el "efecto del goteo" de los que tienen dinero hacia los que tienen necesidad acabará por crear empleos, dar mejor nutrición y menos desigualdad.

### *Desnutrición de cuerpo y mente*

Tan sólo porque los dueños de medios de difusión —los formadores de opinión de la burguesía gozosa— están bien alimentados se piensa que la desnutrición es una cosa del pasado que sólo se da en Sahel, en Biafra o en el Sahara. Lo cierto es lo contrario, según el estudio *El combate a la pobreza*, hecho en 1990 por el Consejo Consultivo del Programa de Solidaridad (por cierto, su ex presidente, Carlos Tello, fue enviado como castigo a Siberia y, por lo menos, pudo quedarse en Moscú como embajador. Ahí me regaló —una gélida mañana de noviembre— un ejemplar del estudio, que fue su testamento político).

En el documento, los consejeros del Pronasol denuncian que la producción alimenticia ha disminuido debido "a una política que desincentiva la producción de alimentos básicos, el deterioro del ambiente y la falta de tecnología"; que el "rendimiento de la producción agrícola ha disminuido (entre 1981 y 1987) de 1.9 toneladas de maíz por hectárea a 1.7 toneladas; en frijol de 670 kilos por hectárea a 576 kilos..." Que "alrededor del 40 por ciento de la población se encuentra por aba-

jo de los mínimos nutricionales comúnmente aceptados. El problema alimentario de México afecta aproximadamente a 39 millones de personas de las cuales 27.5 millones viven en el sector rural y el resto en el ámbito urbano". Que "entre 1981 y 1988 hubo una disminución significativa en el consumo de granos básicos. El consumo aparente por habitante tuvo en 1988 niveles inferiores a los del inicio de esta década".

La denuncia la hace un consejo de 20 ciudadanos no comprometidos con el gobierno y coincide con la de un organismo oficial que se aniquila por desnutrición presupuestal:

La desnutrición que agobia a amplios sectores de la población rural y a los marginados urbanos de nuestro país es, sin duda, uno de los problemas más lacerantes de la actualidad. Significa el fracaso de un proyecto nacional de desarrollo social que, declarativamente, ha tenido como meta lograr el bienestar de las clases populares.<sup>1</sup>

La sentencia terrible no viene de radicales sino de expertos del Instituto Nacional de la Nutrición Salvador Zubirán.

Este fracaso, que cada día trata de ocultarse, muestra que

años de crecimiento económico sostenido han hecho que México, en promedio, haya dejado de ser un país pobre, si por esto entendemos la incapacidad de producir lo suficiente para satisfacer las necesidades esenciales de alimentación, salud, educación y vivienda del conjunto de su población.<sup>2</sup>

<sup>1</sup>A. Roldán, *et. al.*, *Geografía del hambre en México*, monografía L-76, Instituto Nacional de la Nutrición Salvador Zubirán, México, enero de 1988.

<sup>2</sup>*Ibid.*

Los mismos especialistas agregan que "la justa distribución de la riqueza social permitiría satisfacer holgadamente tales necesidades..." Si ello no sucede así se debe "a la enorme *desigualdad* existente en el país". Los vasos comunicantes sí funcionan entre el deterioro del ambiente, el desempleo, la desigualdad, la desnutrición y la deuda pública.

Otro estudio del mismo instituto señala en forma apocalíptica:

En las tres encuestas nacionales se ha observado un descenso en el consumo de alimentos básicos, sobre todo de tortilla y frijol, incluso en 1974, cuando se identificaron algunas comunidades en donde el consumo fue inferior al 100% que era lo esperado, se implementó un programa de emergencia dotando a la población de despensas durante el periodo comprendido entre siembra y cosecha (primavera-verano). El consumo de tortilla en 1974 a nivel nacional fue de 96.7%; en 1979 de 96.2% y en 1989 de 72.2%; de frijol 88%, 83% y 76.2% para 1974, 1978 y 1989 respectivamente. De los productos de origen animal, el consumo de carne o huevo en 1974 fue de 76.4%, en 1979 de 66.8% y en 1989 de 56%; por su parte el consumo de leche y queso en 1974 fue de 24.2%, en 1979 de 43.5% y en 1989 de 24.4%.<sup>3</sup>

Ante esas tendencias, ¿quién es el malvado que quiere convencernos de un milagro económico?

La miseria en el campo es una amenaza muy grave para nuestro futuro. Hay una desnutrición crónica que fue detectada mediante un estudio antropométrico que consistió en medir la circunferencia del brazo de

<sup>3</sup>Encuesta nacional de alimentación en el medio rural, INNSZ, México, 1990.

niños de uno a cuatro años once meses de edad, porque es la época más sensible a los efectos de la mala nutrición y al mismo tiempo ellos los más perjudicados en la sociedad marginal.

Aunque no podemos medir las lesiones en el cerebro de las criaturas es conocido que la desnutrición corporal va acompañada con deficiencias de aprendizaje, incluso inferioridad mental respecto a los niños bien alimentados.

Por esa hambre nunca satisfecha son graves la mortalidad infantil y la mortalidad preescolar en las zonas donde predomina la desnutrición; y no me refiero a la muerte por inanición entre niños kurdos o biafranos:

En un país subdesarrollado como es México, la muerte en los niños, sobre todo en sus primeros años de vida, se debe casi invariablemente a la mala nutrición. Lo que ocurre es que un organismo desahuciado por la mala alimentación, presa del hambre crónica, es un organismo indefenso sobreviviendo en un ambiente contaminado, en donde las infecciones y parasitosis múltiples se alojan sin resistencia, las que no le permiten morir de hambre —propriamente dicha— sino que lo hacen fallecer antes de tiempo.<sup>4</sup>

Por eso el doctor Adolfo Chávez, del mismo instituto, se atreve al cálculo:

... Yo diría que en los países del tercer mundo, el 80 por ciento de los niños que fallecen lo hacen como consecuencia del complejo desnutrición-infección aunque la causa de la muerte registrada sea otra.

<sup>4</sup>A. Roldán, *op. cit.*

Como dicen los italianos, ¡porca miseria!

La mortalidad preescolar es también grave y el doctor López Acuña menciona que “¡México posee una de las tasas de mortalidad en población infantil más graves de América!”<sup>5</sup> ¡Y pensar que en el restaurante de lujo, un simple plato de espinacas cuesta tres días de salario!

Como previendo un modelo de desarrollo, que a principios de la década de los noventa está en vigor, dicen los autores de la *Geografía del hambre* que su estudio

tiene por cualidad mantener la insistencia en que es insoslayable que el progreso social del país debe evaluarse fundamentalmente a partir del bienestar de la población, en el cual salud y nutrición son primordiales. Esto es de suma importancia sobre todo en épocas en que tales aspectos son dejados de lado en aras de un economicismo que privilegia el desarrollo de los grandes capitales al optar por enfrentar la crisis castigando el consumo de las clases pobres.

Éstas son las cosas en las que debemos pensar cuando se habla de internacionalizar la agricultura: la pérdida real del poder adquisitivo del salario mínimo, los bajos precios de garantía, la marginación por falta de comunicaciones y la desigualdad social.

Ésa es la realidad que nos debe preocupar cuando nos digan que la teoría del “goteo” de la riqueza hará que Lázaro, el mendigo del Evangelio, coma mejor si el millonario Epulón se sirve banquetes más copiosos.

<sup>5</sup>Daniel López Acuña, “La salud desigual en México”, en *Geografía del hambre en México*, *op. cit.*

### *Desempleo (habiendo tanto por hacer)*

El desempleo en México es tal vez el menos visible en el mundo entero. Lo que vemos es un gran desempleo disfrazado, subempleo, desocupación encubierta —o llámelo usted como quiera—, de varios millones de personas que trabajan sólo parcialmente o que trabajan sólo en actividades tan marginales que no le añaden riqueza al país. En la ciudad de México y en las grandes urbes del país ya nos acostumbraron a que en los cruceros de automóviles haya volatineros, escupefuegos, maromeros, prestidigitadores, vendedores de golosinas y de cientos de artículos, desde pañuelos desechables hasta herramientas para el hogar. El país entero se ha convertido en un tianguis de muchos kilómetros de calles, plazas, calzadas, donde se venden no sólo las fritangas cotidianas, sino gran cantidad de productos importados. Los vendedores son en realidad desempleados que no figuran en la estadística.

Según el Consejo Consultivo del Pronasol, "el 12 por ciento de la población económicamente activa (PEA) está desempleado. El porcentaje de subempleos es aún mayor (alrededor del 40 por ciento de la PEA)..." En otras palabras, más de la mitad de la población activa no está plenamente empleada.

El mismo Consejo Consultivo señala:

Una parte importante de la población en condiciones de pobreza y pobreza extrema se ubica en el sector rural: el 80% de los desocupados en las actividades agropecuarias pertenece a hogares en pobreza, de los cuales, la mitad se encuentra en condiciones de pobreza extrema.

Otra de las manifestaciones del desempleo es la economía oculta, paralela, extralegal, a la cual por pudor se le llama economía informal. Al respecto, el Consejo Consultivo dice:

Los años de crisis impulsaron un acelerado crecimiento de los llamados empleos informales. Para 1986 estos empleos... se concentraron en las grandes ciudades. Tan sólo en el Distrito Federal está el 20% de los ocupados informales de todo el país; el 35% en los estados de México, Veracruz, Jalisco, Puebla y Nuevo León.

El problema del desempleo tiene, hoy por hoy, tres caras: *La desocupación total*, del que de plano pide ayuda y no la encuentra; *el desempleo disfrazado*, del campesino que sólo trabaja cuatro meses al año; y *el desempleo inherente de la economía paralela o subterránea*, del que vende en una calle importaciones de Singapur.

Respecto al desempleo total, la estadística es baja por un recato muy mexicano de quien no desea que lo sepan sin trabajo.

En el desempleo disfrazado que existe en el campo, ocurre lo contrario del Japón, donde los agricultores ocupan la mayor parte de su tiempo trabajando en las fábricas y cuando llega la hora de la siembra o la cosecha se trasladan a sus campos y trabajan en sus arrozales de gran esplendor; en México, los campesinos de las regiones de temporal sólo trabajan unos cuantos meses al año. Cuando viene el estiaje, la milpa o el sembradío quedan a cargo de la mujer y los niños, y los hombres bajan a la ciudad a ganarse la vida como cargadores o limosneros. A veces baja toda la orquesta del pueblo a recorrer las calles y vivir también de la caridad pública; cuando llega el momento de la cosecha

vuelven con sus menguados ahorritos a su milpa y hacen las tareas agrícolas que faltan.

Si la familia aumenta y no hay trabajo para todos en la región, los más decididos bajan a la ciudad y comienzan a ganarse la vida como albañiles sin experiencia o como vendedores ambulantes. Cuando no lo logran se van hasta la frontera norte y pagan de 500 a 1 000 dólares para que un *pollero*, experto en el contrabando humano, los pase al otro lado y los deje por ahí donde puedan desaparecer entre la multitud morena. Ésa es la gran válvula de escape de la bomba del desempleo.

Los ocho millones o más de chicanos que pudieron establecerse antes de 1980, que ya tienen hijos nacidos allá (aunque ellos no hablen inglés), están desempeñando trabajos que no quieren los obreros blancos de Estados Unidos, vendiendo su jornada más barata que los anglosajones.

Actualmente, un millón de mexicanos que llegaron después de 1980, que aún no son chicanos, van a vender su trabajo aún más barato. Tal vez mañana vaya otra oleada que venda el trabajo más barato que hoy, y así hasta el sótano de la miseria.

Con el tratado de libre comercio los chicanos acercados en Estados Unidos perderán sus trabajos cuando las empresas agrícolas norteamericanas vengán a establecerse a México. Aquí, sin los problemas de legalidad, de multas o de castigos de la ley norteamericana, tendrán peones a precio de ganga, más grandes descuentos que ofrece el gobierno para atraer inversiones.

El desempleo en México no se ve en toda su realidad porque se diluye en la cifra anual de los indocumentados o en el comercio ambulante en toda la república.

Al desempleo acumulado de los jóvenes por insuficiencia de trabajos se agregó el desempleo estructural por el cierre de fábricas por el ingreso de México al GATT. Sin embargo, gracias a la habilidad de los mexicanos para vender, ahora están comerciando con las mismas mercancías importadas que provocaron el cierre de fábricas.

—Pero es que esto no puede durar —decía el filósofo de Gatos Güeros, Nuevo León.

—Durará mientras tengamos petróleo. Durará mientras los norteamericanos sigan invirtiendo en México y podamos pagar las importaciones con el dinero que debemos. Esto es una gran simpleza pero no es una mentira. Es la simplificación de los enredados modelos económicos que emplean los estadistas para convencernos de sus teorías.

Si hemos de ser realistas, el llamado “nuevo milagro económico” que aplauden algunos comentaristas norteamericanos se logró en principio porque el gobierno dio marcha atrás en el avance al intervencionismo casi total, vendió muchas empresas nacionalizadas y, fingiendo continuidad en la ruptura, ahora está en el camino contrario.

Esto permitió un respiro pero no hubiera tenido el mismo éxito si el desempleo provocado no fuera amortiguado por el éxodo de indocumentados allende la frontera y si no hubiera petróleo para pagar las golosinas que consume la clase pudiente. Para prolongar este tipo de vida ilógico se necesita una economía íntimamente ligada a la norteamericana a fin de que ellos inviertan cada día más.

El tratado de libre comercio parece ser, a la luz de estas circunstancias, una mera cortina de humo para completar la integración silenciosa de México a la grandeza y miseria norteamericana.

### *La desigualdad vergonzosa*

Era costumbre decir que México es un país de contrastes; que hay “muchos Méxicos” con distintas fisonomías; que desde el punto de vista económico al menos hay dos Méxicos. Padecemos no sólo de una economía dual sino, en verdad, de dos economías conviviendo en cada calle, plaza y población. Uno ve la incomunicación en las ciudades donde hay una nítida segregación social; el ghetto mexicano no está cerrado con muros de piedra sino de miseria; son las ciudades andrajosas al lado de las zonas verdes y opulentas. La misma incomunicación existe en el campo, donde se recargan casuchas de peones miserables sobre los muros de piedra de las grandes explotaciones agrícolas.

Tenemos dos economías, una de alto rendimiento, alta productividad, alta inversión, altos ingresos y alto nivel de vida y otra donde todo es bajo. La distancia entre una y otra economía puede sintetizarse en el hecho de que una comida para un ejecutivo en un restaurante postinero cuesta el equivalente a medio mes de salario mínimo de un peón, cosa que no ocurre en otros países.

De acuerdo con la estadística recopilada por el Consejo Consultivo del Pronasol, de la población total de México —81 millones de habitantes—, los que vivían en situación de *pobreza*, que no satisfacen las necesidades necesarias para un bienestar mínimo, eran 24 millones de habitantes, pero los que vivían en *pobreza extrema*, es decir, los que ni siquiera pueden satisfacer el 60 por ciento de esas necesidades, eran otros 17.3 millones de habitantes; es decir, que 41 millones de mexicanos, la mitad de la nación, viven en pobreza o en miseria!

Perogrullo puede decir con serenidad que esta desigualdad se debe a la pésima distribución del ingreso nacional.

El Consejo, hoy despedido por irreverente, añade:

No sólo el ingreso está más concentrado en México que en otros países sino, además, en nuestro caso, el ingreso por persona de los más pobres es notablemente inferior al del resto de la población, lo que se refleja en las significativas diferencias entre el promedio total y el ingreso del 40 por ciento de la población más pobre.

Otra forma de medir esa endémica desigualdad es el coeficiente de desigualdad. Se da ese nombre “al múltiplo que se establece entre el ingreso promedio de la población más pobre con el promedio de ingresos de la población más rica” o, dicho en términos del común de los mortales, es el número de veces que caben los ingresos *promedio* de los pobres en el ingreso *promedio* de los ricos. Si, por ejemplo, un diputado mexicano gana 30 salarios mínimos mensuales y el ingreso promedio de los pobres es de un salario mínimo, el coeficiente de desigualdad será de 30.

El cálculo se hizo dividiendo la población en cinco partes según su ingreso y se estableció entre el 20 por ciento más pobre y el 20 por ciento más opulento. Claro es que, tratándose de promedios, la comparación puede resultar engañosa. (Se cuenta que, a un gran economista, le avisaron que un hombre se ahogaba en una laguna. “No es posible —dijo con calma—, el promedio de profundidad de la laguna es de sólo un metro”.)

El 16 de noviembre de 1991, el diario londinense *The Economist* pondera maravillas y defectos de los Cuatro Tigres de Oriente (Taiwan, Hong Kong, Singa-

pur y Corea del Sur); se hace un estudio sobre la existencia de una gran clase media comparándolos con otras naciones y, entre ellos, estos condenados ingleses mencionan el coeficiente de desigualdad de México.

De acuerdo con las cifras de distribución del ingreso, el coeficiente de desigualdad era, en 1989, aproximadamente el siguiente: En Taiwán, 4 veces (es decir, los pobres ganan en promedio la cuarta parte de lo que ganan los más ricos); Corea del Sur, 5 veces; China, 5 veces (tal vez porque ahí casi todos son pobres desde hace 4 mil años); Indonesia y Singapur, 6 veces; Túnez y Hong Kong, 7 veces; Tailandia, 9 veces; Egipto y Uruguay, 10 veces; Argentina y Chile, 12 veces; México y Mauritania, 15 veces; Costa Rica, 16; y Malasia, 18.

En este país de la revolución reformada o congelada, el *promedio* de ganancia del rico, según ellos, es 15 veces mayor que el promedio del pobre.

En esos promedios engañosos yo quiero reflexionar utilizando los datos del Producto Interno Bruto de México que en 1989 fue de 2 373 dólares por habitante (sea joven o viejo, recién nacido o moribundo). Así pues, el promedio nacional de nuestra riqueza anual —en pesos— es 7 millones 350 mil pesos, lo cual en una familia de cinco personas significaría un promedio de 36 millones 750 mil pesos anuales, sean oaxacos o capitalinos. Sin embargo, hay varios millones de familias que sólo ganan el mínimo legal, es decir, unos 3 millones 700 mil pesos al año.

Por mucho que uno justifique la necesidad de inversión y de ahorro, resulta extremoso que, siendo el promedio de ingreso familiar de 36.7 millones, las familias pobres reciban la décima parte de ese promedio.

Recuerdo que en otro estudio hecho por el Banco Mundial con cifras de 1969,<sup>6</sup> el 40 por ciento más pobre de la población nacional recibía el 10.5 por ciento del Producto Interno y el 20 por ciento de los más ricos recibía y disfrutaba el 64 por ciento de la riqueza producida. Con el nuevo estudio, parecería que México está condenado a la desigualdad hasta el próximo milenio.

Ahora bien, si esa situación se creó en un estado paternalista (pero corrupto), protector (pero ladrón), benevolente (pero avorazado), ¿qué va a pasar ahora que el gobierno está renunciando a lo paternalista, a lo protector, a lo benevolente, y se está quedando sólo con los peros?

¿Cómo es posible —preguntaría un buen cristiano— que siendo tan agudo y tan prolongado el abismo de desigualdad social se mantengan los salarios mínimos bajos para una estabilidad de exportación, al gusto de *The Wall Street Journal*?

### **Deterioro ecológico**

Si el desempleo, la desigualdad y la desnutrición son problemas graves que pudiéramos remediar a mediano plazo, el deterioro del medio ambiente es casi irreparable: Los ataques que perpetramos los hombres en contra del medio ambiente son una especie de terrorismo de la humanidad contra la casa común, que es el planeta. En el caso de México, nosotros teníamos una hermosa mansión donde vivir pero muy vulnerable a los errores y agresiones que contra ella cometíamos.

<sup>6</sup>Hollis Chenery, et. al., *Redistribution with Growth*, World Bank and the Institute of Development Studies, Oxford University Press, 1974.

Gran parte de nuestro cuerno de la abundancia está ubicado en el cinturón desértico del globo, donde la cantidad de agua por kilómetro cuadrado es baja y, además, mal distribuida. Tenemos también grandes montañas que son débiles al ataque del arado o del hacha (se cuenta que cuando a Hernán Cortés le preguntaron cómo era México, tomó un papel, lo arrugó y lo dejó sobre la mesa diciendo: "Así es de montañoso").

Sin duda en el pasado se han cometido muchos errores que están restándole vida a esta casa grande que es México. En la larga historia de agresiones están aquellos agricultores itinerantes, que quemaban un arbustal, sembraban una milpa y —como el maíz es el que más agota los terrenos— se marchaban en busca de un terreno similar. Lamentablemente ellos fueron los primeros atacantes de la fertilidad del suelo. Los terrenos abandonados eran después víctimas de la erosión del viento o del agua y, desde entonces, muchos han quedado inservibles.

Vinieron los grandes hacendados, que parecían ser enemigos de árboles que no les produjeran renta; tal vez, inconscientemente, querían imitar el paisaje de La Mancha, esa tierra hispánica rapada durante siglos. Aquí también los conquistadores arrasaron los bosques sin reponerlos. Lugares como Actopan —que en lengua indígena significa "tierra fértil"— hoy son abruptos peñascaderos casi sin vida.

Después de la Revolución se revivió el ejido pero el gobierno, deseoso de mantener el control para fines de obediencia política, nunca quiso otorgar la parcelación definitiva ni menos el patrimonio familiar, como lo exigieron los caudillos de la Reforma Agraria. Los campesinos tenían la sensación de vivir y cosechar en tierra ajena; en una posesión insegura, precaria, transitoria, que podría serles arrebatada por el cacique.

—Yo tengo mi pequeña propiedad y también tengo tierras en el ejido —oí decir a un campesino norteño—. En la mía estoy sembrando duraznos y perales porque no me la pueden quitar, en cambio, en el ejido no quiero hacer nada porque nadie sabe para quién trabaja.

Esa actitud, repetida a lo largo y a lo ancho del país, hizo que los campesinos no le tuvieran verdadero amor a la tierra. Sabían que era del gobierno, pero no sabían quién era el mentado gobierno. El desamor abrió nuevas vías de erosión; facilitó el arrastre de millones de toneladas de tierra fértil en laderas cerriles, tan empinadas que en algunas partes las milpas se hacen en lotes que les falta un grado para convertirse en muros.

Yo recuerdo que en la región huasteca era costumbre de los rancheros ir al río en su canoa, cargarla con limos y sedimentos fértiles que había en el lecho y llevárselos, monte arriba, para regarlos sobre la tierra que iban a cultivar. En forma rudimentaria trataban de restaurar la fertilidad perdida.

En otras partes, un exceso de pastoreo acabó con la vegetación que impedía el deslave. En el sediento norte, donde se acostumbra pastorear chivas porque hay grandes extensiones áridas, hay quienes dicen con tristeza que esas tierras están así precisamente por culpa de las cabras. Sucede que el ganado mayor muerde la yerba cortándola y las chivas la arrancan con todo y raíz; entonces la tierra queda lista para que se inicie el proceso de erosión. En todo ese panorama hay una gran profanación de la tierra viva, que es nuestro país.

Tanto en las ciudades como en el campo del México contemporáneo, el deterioro ambiental, la contamina-

ción y la sobreexplotación de los recursos no renovables han llegado a tal grado que han disminuido ya la calidad de vida y del medio ambiente. Además, la actual tendencia amenaza severamente al patrimonio natural y cultural de México, sin duda uno de los más ricos del planeta.<sup>7</sup>

Por otra parte, el problema de la contaminación del aire en la capital del país es mundialmente famoso, tan famoso, que en una visita a Francia le preguntaron al presidente del Movimiento Ecológico Mexicano si los capitalinos tenían anticuerpos para no caer como moscas ante la constante contaminación que estaban padeciendo.

En una visión de conjunto tendremos que reconocer que el principal depredador de la tierra es el hombre; ello se evidencia en su forma de producción y su alto nivel de desperdicio.

Sabemos que hasta ahora ni el extinto régimen soviético ni el brioso régimen capitalista han podido detener la agresión sobre el ambiente; aquéllos porque eran esclavos de los planes quinquenales y éstos, porque lo son de un índice de valores bursátiles. Aquéllos por miedo, éstos por voracidad. Ninguno de los regímenes quiere sacrificar lo inmediato en beneficio de las próximas generaciones.

Lo imperdonable es que los técnicos y expertos de la actualidad ya saben cuáles son los materiales ecológicos reciclables que se pueden y deben utilizar en cada industria y en cada producto; ya saben de muchas opciones para dejar de utilizar energía fósil no renovable, pero los intereses creados las han escondido. Si de

<sup>7</sup>Fernando Ortiz Monasterio, et. al., *Tierra profanada. Historia ambiental de México*, INAH-SEDUE, México, 1987.

pronto se descubriera un sustituto perfecto para mover automóviles sin gasolina los intereses de las trasnacionales petroleras lo impedirían.

Como si no viviéramos en un planeta cerrado y finito, el empresario toma de la naturaleza lo que necesita, la transforma, le incorpora utilidad y aquello que no le sirve simplemente lo tira en tierra, agua o aire sin importarle si contamina. Contra ello hay que oponer un tipo de producción circular en el que la industria no pueda tirar nada a la calle. Una forma de lograr esto son los impuestos ecológicos que se están aplicando y que son equivalentes al valor de lo que le cuesta a la nación reciclar los desperdicios.

Aun a riesgo de ser demasiado teórico o demasiado aburrido hay algo de hondura, de filosofía planetaria, que tenemos que pensar frente al problema global del deterioro y es la reflexión sobre nuestro nivel de vida de consumo y de desperdicio.

Cuando en 1972 el Club de Roma publicó su informe titulado *Los límites del crecimiento*, se le acusó de buscar "el crecimiento cero", dejando en pie la desigualdad existente. En verdad lo que querían era pregonar la idea de que debiera aceptarse el crecimiento material de los países pobres del mundo, pero advertían contra las consecuencias de una búsqueda indiscriminada del crecimiento por parte de los países industriales, que conduciría a un saqueo de los recursos básicos, a un deterioro del ambiente y a la dominación de valores materiales en la sociedad.

Aunque parezca increíble, el mandato ecológico es terminante:

Con ese estilo de vida, cada niño que nace en los Estados Unidos será un consumidor que requerirá apro-

ximadamente 80 mil litros de gasolina, 15 mil litros de leche y crema, 5 mil kilos de carne, 6 mil dólares de sopa y 7 mil dólares de mobiliario.<sup>8</sup>

Trece años después las cifras son mayores; un grupo de países que representa el 29 por ciento de la población total consume el 89 por ciento de la energía. "Ninguna persona en su sano juicio —escribió el premio Nobel Jan Timbergen— puede imaginarse seriamente un mundo en el cual los pobres vivan como la pequeña minoría opulenta".

Han pasado 20 años y en su nuevo informe el Club de Roma insiste en que la producción en masa con este nivel de consumo es tal vez inaguantable para la tierra:

En Europa, antes de la revolución industrial, el consumo *per cápita* era casi igual al de muchos países subdesarrollados hoy día. Ahora el consumo por habitante de materiales y de energía es aproximadamente 40 veces mayor en el norte que en el sur. En los extremos, esta disparidad puede ser más de cien por uno. Esto no sólo refleja la injusticia social sino que también es una muestra de la creciente explotación de la naturaleza...

Pensando en el consumo de recursos y su disparidad, se ha desarrollado el concepto del *desarrollo sostenible* que fue expuesto clara y optimistamente en un informe de la Comisión Mundial del Medio Ambiente y el Desarrollo de la ONU. Uno puede dudar que el desarrollo sostenido global pueda alcanzarse con el ritmo de crecimiento de los países industriales... Una sociedad sustentable implica una sociedad que está fincada en una visión a largo plazo y que debe prever las consecuencias de las diversas actividades para asegurar que no rom-

<sup>8</sup>Franklin Brill, *Doomsday Via Hunger*, Pinnacle Books, New York, 1977.

perán los ciclos de renovación; tiene que ser una sociedad con preocupaciones respecto a la conservación y al derecho de las (futuras) generaciones. Debe evitar la adopción de objetivos que sean mutuamente irreconciliables. Asimismo, debe ser una sociedad de justicia social porque las grandes disparidades en riquezas y privilegios podrán generar desarmonía social destructora. En otras palabras el concepto es utópico pero vale la pena luchar por él.

La sociedad sostenible nunca se logrará levantar dentro de una operación económica que descansa solamente en las fuerzas de mercado, por importante que puedan ser para el mantenimiento de la vitalidad y de la creatividad innovadora... Las fuerzas de mercado responden únicamente a corto plazo y no son una guía para consideraciones a largo plazo.

Y luego agregan algo que nos conduce de regreso a nuestro tema:

Al buscar un planteamiento normativo respecto al futuro desarrollo en el mundo, en estos momentos de turbulencia y cambio, es vital averiguar si los niveles actuales de prosperidad material en los países industrializados son compatibles con una sustentabilidad social o, quizá, si la economía mundial, empujada por una constante demanda de parte del consumidor, puede continuar por mucho tiempo.

Y como dicen los abogados: No más preguntas.

A pesar de que los vecinos del norte son la nación con más alto nivel de consumo y de desperdicio, tendrían que aprender de sus ancestros la noble austeridad y la reciedumbre campirana, para encontrar una forma de vida en la cual las maravillas de la ciencia y de la técnica sean disfrutadas sin la actual opulencia derro-

chadora; eso implicaría tomar en serio la idea de que lo pequeño es hermoso, posible y necesario. Habrá que abandonar el mito de las fábricas mundiales y entrar a la utopía de la autosuficiencia regional.

En este panorama, una política mexicana dependiente de la "economía casino", de alto consumo y alto desperdicio —de la cual el tratado es sólo un instrumento—, es antiecológica y sería desastrosa por la gran vulnerabilidad que tiene nuestro país; saquearíamos aún más los recursos no renovables en beneficio de la voracidad bursátil. El acarreo mercantil de productos en aras de una falsa división internacional del trabajo ahondaría las heridas que ya existen en tierra, agua y aire. Un tratado de libre comercio es contrario a lo que pudiera recomendar una sana mentalidad ecológica, es decir, aquella que respete los derechos de las próximas generaciones.

Habrà pues algunos cambios en el panorama existente de desigualdad, desnutrición, desempleo y deterioro con la llegada del sistema de economía especulativa, del neocapitalismo sin inhibiciones morales del tratado de libre comercio que nos incorpora en cuerpo y alma a la economía norteamericana.

¿Cómo se ha logrado que la Bolsa de Valores otorgue una ganancia de 30 por ciento en dos meses (enero-febrero de 1992) después de haber otorgado en 1991 el 119 por ciento de ganancia anual? Gracias a que existe mucho dinero norteamericano comprando y hay poco qué comprar.

Mientras tanto, en las barriadas miserables el salario obrero sigue congelado y si esto continúa —como lo necesita el grupo negociador— la desigualdad se hará más grande.

¿Por qué se ha incrementado el desempleo en tiempos recientes? Por el temor de muchos pequeños y me-

dianos industriales ante la apertura de fronteras que ha duplicado las importaciones de chucherías. El desempleo aumentará con el tratado de libre comercio porque todos los norteamericanos lo dicen:

... mientras tanto, un grupo de investigación en Washington calculó que el tratado podría dar a Estados Unidos una ganancia de 130 mil empleos al año y mejorar su balanza comercial en 10 mil millones de dólares al año.<sup>9</sup>

Ya tenemos una balanza comercial desnivelada y ellos están pensando que aún se va a desnivelar más. Aumentará la desocupación porque esos 130 mil empleos los tomarán —ya lo están haciendo— de la menguada nómina obrera de México.

¿Cree usted que habrá una mejor nutrición en México cuando aumenten el desempleo y la desigualdad? Yo pienso que no.

México es un país de luz y sombra, y con la firma del tratado las partes oscuras de nuestra imagen serán más negras todavía. Dicen que al que se porta como gusano de seguro lo pisan. Quiera el cielo que eso no le pase a este país y a este continente.

### Deuda

La última D que agobia a nuestro país es la deuda; problema tan pesado y complejo que merece capítulo aparte.

<sup>9</sup>Agencia AP Dow Jones, 29-II-92.